¡ANDA! ¡ANDA!

Triste camina el mancebo;
triste camina el galán
por la intrincada vereda
del solitario olivar...
¿Qué intenso dolor anubla
su mustia y pálida faz?
¿Qué tiene? ¿Por qué suspira?
¿A quién busca? ¿A dónde vá?...
Cruza el río; sube al monte;
baja al llano sin tardar;
salta animoso un torrente
con pasmosa agilidad;
se interna en el bosque umbrío;
llega á la orilla del mar;
cruza la arenosa playa
con vertiginoso afán,
siempre corriendo, corriendo,
sin volver la vista atrás...
Llega la noche... Resuena
pavorosa tempestad...

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA U.
U. A. N. L.

Cae á torrentes la lluvia...
ruge fiero el vendabal...
Mas nada detiene el paso
del angustiado galán...
Nadie sabe por qué llora,
qué tiene y á dónde vá,
y él, triste, sigue corriendo
y corriendo sin cesar...
. . . . . .
¡Caracoles con el hombre!
¡Ni Bargossi corre más!
El que quiera, que le siga,
que á mí me ha cansado ya;
y como yo en este asunto
no tengo curiosidad,
vaya el galán donde quiera,
que á mí lo mismo me dá.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA U.
U. A. N. L.

LA NOVENA DE SAN JOSÉ

DÍA PRIMERO

«Caballero: Recibí
la carta que me mandó,
y hoy ni le digo que sí
ni le contesto que no.
Yo soy una señorita
de una conducta ejemplar.
Si usté hablarme necesita,
hoy nos podemos hablar.
Como mamá no está buena,
con mi tía empezaré
esta tarde la novena
del glorioso San José.
Creo que usted, caballero,
habrá pensado el asunto.
Frente á la iglesia le espero
á las siete y media en punto.
Cuando la novena acabe,
acérquese sin temor,

porque mi tía ya sabe
que me hace usted el amor.
Aunque el pueblo nos critique
podremos dar un paseo,
pues quiero que usté me explique
verbalmente su deseo.
No tema usted que á los dos
pueda estorbarnos mi tía.
La pobre es muy sorda. Adiós.
Hasta la tarde.
María.»

DÍA SEGUNDO

—Señorita...
—Caballero...
—Señora, á los piés de usté.
—Póngase usted el sombrero.
—Muchas gracias.
—No hay de qué.
—Ante todo, señorita,
perdóneme usted si no
acudí ayer á la cita
que por escrito me dió.
Un negocio muy urgente...
¡Estuve más aburrido!
¡Lo he sentido vivamente!
—Pues yo también lo he sentido.

No por nada, ¿sabe usté?
sino porque... la verdad...
En fin, le perdonaré
su poca formalidad.
—¿No me guarda usted encono?
—¿Encono? ¡Qué tontería!
Ya he dicho que le perdono.
—¡Qué buena es usted, María!
¿Y la mamá, se ha aliviado?
—Está un poquito mejor.
—¿Y qué tiene?
—Un resfriado.
—¡Claro! ¡Con este calor!...
Es decir, ¡con este frío!...
Anoche cayó una helada...
¡Qué tiempo!... (¡Pero, Dios mío,
si no se me ocurre nada!)
¿Conque, la mamá ya está
mucho mejor?
—Sí, señor.
—Me alegro.
—(¿Si acabará
por no hablarme de su amor?)
—¡Caramba, las ocho!
—¿Sí?
¿Se vá usted?
—Con su permiso.
Es muy tarde para mí.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA U. A. N. L.

Papá me espera... Es preciso...
Yo con gusto seguiría...
—Pues, hasta mañana, ¿eh?
—Hasta mañana, María.
Señora, á los piés de usté.

DÍA TERCERO

. . . . . .
—¿Y qué hay de nuevo? ¿Qué pasa?
—Pues no sé... No me he enterado.
Apenas salgo de casa.
¡Como estoy tan ocupado!...
No tuve ni unos instantes
de calma con tanta gente...
—Ustedes los comerciantes
á su asunto únicamente.
—El negocio, Mariquita,
si no se le atiende, mengua.
—(Este chico necesita
que le tire de la lengua).

DÍA CUARTO

—¿Qué tal la novena?
—Bien.
Hace tiempo que le aguardo.
—He tenido que ir al tren.

Esperábamos un fardo...
—Su tardanza es natural.
Lo primero es lo primero.
—¿Qué? ¿Le parece á usted mal?
—Muy al contrario. No quiero
que por mí descuide usté
los negocios; no, señor.
¿A qué más pruebas? Ya sé
que es verdadero su amor.
Deseo que usté, ante todo,
no abandone sus deberes.
Por desgracia, de este modo
piensan muy pocas mujeres.
Cualquier otra exigiría...
pero yo no soy así.
Me basta que en todo el día
se acuerde un poco de mí,
No me llame casquivana,
ni exigente, ni cargante...
conque, adiós, y hasta mañana.
(Hoy ya te he dicho bastante.)

DÍA QUINTO

. . . . . .
—¿Y en qué lo conoce usté?
—Pues lo conozco, María,
en... ¡vamos!... en no sé qué...

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA U.
U. A. N. L.

En que siento una alegría
muy grande cuando la veo,
en que su voz me enajena,
y, en fin, en que yo deseo
que no acabe esta novena...
—¿De verás? ¡Será un capricho!
—¡Por estas cruces! ¡Que sí!
—¡A cuántas habrá usté dicho
lo que me dice usté á mí!
—¡A nadie! ¡Todo lo afronto
por la dicha de los dos!
¡La quiero á usté como un tonto!
—(¡Ay, por fin! ¡Gracias á Dios!)

DÍA SEXTO

—¡Vamos! ¡Quieto! ¡Qué manía!
Lo vé mi tía, y me pega.
—¡Si es sorda!
—¡Qué tontería!
Es sorda, pero no es ciega.
—¡Un beso! ¡Se lo suplico!
Sin que la tía lo note.
(La tía, aparte:—Este chico
es tonto de capirote).
. . . . . .
—¡Qué malo! Y yo que creía...
¡Tengamos la fiesta en paz!

—¡No sabe usté todavía
de lo que yo soy capaz!

DÍA SÉPTIMO

—¿Conque hay mucha venta?
—Mucha.
¡Es una cosa espantosa!
—¡Ya guardará usté en la hucha!
—¡Seis mil duros!... ¡Poca cosa!
¡Tengo una idea divina!
—¿Sí? ¿Cuál?
—Se la explicaré.
¡Quiero meterme en harina!
—Pues, hombre, métase usté.
—Es un negocio seguro.
Ya eché mis cuentas cabales.
Me produce cada duro
lo ménos cincuenta reales.
¡Ya verá usté si despacho!
¡Voy á asombrar á la gente!
—(¡Pues, señor, este muchacho
es un partido excelente!)

DÍA OCTAVO

—¡Qué pueblo! ¿No sabe usté
lo que dicen por ahí?

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA U. A. N. L.

¡Si me dá vergüenza!
—¿Qué?
—¡Pues, que nos casamos!
—¿Sí?
—Mi mamá lo sabe ya
y anoche me reprendió,
y según dice mamá,
la culpa la tengo yo.
Ya le dije que usted era
un muchacho muy decente,
y haría que concluyera
la crítica de la gente.
Mamá en su honradez confía,
y quiere hablarle.
—¿Sí, eh?
—Puede usted ir cualquier día.
—¡Sí, sí! Cualquier día iré.
O ya escribiré una carta
á su señora mamá.
(Esta chica es muy lagarta,
pero á mí no me la dá).

DÍA NOVENO

«María: ¿no sabe usté
lo que dicen por ahí?
Pues dicen que yo no sé
en qué lío me metí.

Pero lo sé, ¡ya lo creo!
Lo he conocido muy pronto.
Conque, basta de paseo
y basta de hacer el tonto.
Si á usté su mamá le dá
esos consejos... ¡canario!...
á mí, en cambio, mi papá
me aconseja lo contrario.
—Si quieres medrar (me dijo),
no hagas por más tiempo el bú,
ni tengas amores, hijo,
con quien sepa más que tú.
Trata en harina, y después
busca una novia formal.
Mira que el casarse es
harina de otro costal.
Busca una mujer que junte
el ser virtuosa al ser ducha.
Una que no te pregunte
lo que tienes en la hucha.—
Ya comprende usté, María,
por qué papá lo dirá...
Conque, afectos á la tía
y que se alivie mamá.»

—

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA U. A. N. L.

«Caballero: No tolero
que hable usté así de mi amor.
(Le llamo á usté caballero,
haciéndole gran favor).
No he de hacerle reflexiones;
que, pues mi amor no agradece,
no he de entrar en discusiones
con quien no se las merece.
Usté se me declaró
nueve días hace ya.
¿Por qué entonces no trató
el asunto con papá?
Yo, sencilla y cariñosa,
le hablé de mi amor vehemente.
Si le pregunté otra cosa
sería inocentemente.
Yo, con los hombres esquiva
cuando á la iglesia marchaba,
más que por el santo, iba
porque su amor me esperaba.
¡Y he visto con honda pena
que su cariño de usté,
duró lo que la novena
del glorioso San José!»

CONFIDENCIA

—Va usted á saber ahora
la causa de mi aflicción:
yo conocí á mi señora
en los baños de Arcachón.
Por aquel entonces era
mi mujer una pollita
encantadora, hechicera,
muy mimosa y muy bonita.
—¡Carambita!

—

—Por su gracia y desenfado
á todos nos encantaba;
yo la miraba extasiado
y ella también me miraba.
Eran sus labios muy rojos
y eran sus ojos dos soles,
y con pueriles antojos

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA U. A. N. L.

fascinaba con sus ojos
á franceses y españoles.
—¡Caracoles!

—

—Yo una noche me lancé,
y así, como si tal cosa,
le dije:—«Me gusta usté
de una manera espantosa.
Le ofrezco mi corazón
y diez casas en Sevilla
que valen un fortunón...»
Ante esta declaración
sucumbió la pobrecilla.
—¡Cascarilla!

—

—Su madre, que es una arpía
que sabe más que Merlín,
le dijo al punto:—«Hija mía,
este hombre me hace tilín.
Su posición no es gran cosa,
pero eso á mí no me inquieta,
pues tu fortuna es cuantiosa.»
Nos casamos, y mi esposa
no llevó ni una peseta.
—¡Zapateta!

—

—A mí me importaba poco
que ella fuera pobre ó rica;
yo entonces estaba loco
de amor por aquella chica.
Lo grave del caso es
lo que me pasa hace un mes.
¡Esto es lo que me asesina!
¡Hace ya un mes que un francés
no se aparta de la esquina!
—¡Caspitina!

—

—Yo que en sufrir soy un santo,
hasta ayer no dije nada;
pero ayer me cargó tanto,
que le dí una bofetada.
Me llamó vil y cobarde;
ardió mi sangre española,
y de bravo haciendo alarde,
ayer mismo por la tarde
nos batimos á pistola.
—¡Carambola!

—

—No ocurrió ningún percance,
gracias á nuestros testigos,

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA U. A. N. L.

y terminamos el lance
haciéndonos muy amigos.
Mi esposa no se propasa,
pero la duda maldita
me descompone, me abrasa...
Hoy vino el francés á casa
á hacernos una visita.
—¡Zambombita!

—

—Su visita me hizo mella;
mi esposa será inocente,
mas tengo *indicios* de que ella
no me es fiel completamente.
El francés busca su amor,
mas yo no caigo en el lazo.
¡Al llevar el muy traidor
á mi esposa al comedor
ví que le apretaba el brazo!
—¡¡Zambombazo!!

—

—¡Esta mi amargura es!
Porque, me pregunto ahora:
¿Qué hago yo con el francés?
¿Y qué hago con mi señora?

No acierto,—¡Dios es testigo!—
qué partido he de tomar.
Y aquí tiene usted, amigo,
la causa de mi pesar.

. . . . . .

¿Se queda usted tan callado
después de esta relación?
—Hombre, no le he contestado
con ninguna exclamación,
porque cuando le escuché
sólo una me ocurrió.
—¿Cuál?
—Pues, hijo, llamarle á usté
sencillamente: ¡animal!

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA U. A. N. L.

A UNA VECINA

Vecina, por compasión,
hágame usted la merced
de no asomarse al balcón:
yo se lo suplico á usted
con todo mi corazón.
Es una cosa irritante
que yo, amigo de su amante,
que por desgracia está ausente,
la vea á usted tan galante
con el capitán de enfrente.
Jamás así se portó
dama que á su amante es fiel;
y si él de aquí se ausentó,
en cambio, he quedado yo
que quiero velar por él.
¡Eso de pasarse el día
haciendo guiños y hablando!
¡Pues, hombre, bueno estaría!
¡Ya me está usté á mí cargando
con tanta coquetería!

Pues siendo de ello testigo,
¿qué le digo yo á mi amigo
cuando venga y me interrogue?
¡Claro está! Yo se lo digo,
aunque la pena le ahogue.
¡Vaya si se lo diré!
¡Portarse de un modo tal
con un chico, que yo sé
que la ha retirado á usté
de bailarina del Real!
¡Darle á ese chico ese mico!
¡Hombre, pues vaya una gracia!
¡Engañar á un pobre chico
que ha tenido la desgracia
de ser tonto... y de ser rico!
Procure usted ser prudente,
porque sus guiños me están
irritando, y... francamente,
¡me revienta el capitán
del entresuelo de enfrente!
Ya que le mira usté así,
cobrando nota de infiel,
¿no vé usted que estoy yo aquí?
¿Por qué no me hace usté á mí
los guiños que le hace á él?
Comprenda usted lo que digo.
Mi amigo en su amor se abrasa,
mas siéndole infiel conmigo,

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA U. A. N. L.

como soy un buen amigo,
entre amigos todo pasa.
Los hombres de corazón
siempre se portan así.
Sólo hallo esta solución:
ó no salga usté al balcón,
ó míreme usted á mí.

LA MURMURADORA

BALADA

Murmura el aura en el jardín frondoso
las flores al besar,
y murmura el arroyo cristalino
los campos al surcar.
La lira del poeta enamorado
diz que murmura amor,
y en el bosque también murmura amores
canoro ruiseñor...

—

Pues si auras y arroyos, liras y aves,
mumuran sin cesar,
y en su murmuración ¡pérfidos hombres!
placer soléis hallar,
¿por qué también, nosotras las mujeres,
no hemos de *murmurar*?

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA U. A. N. L.

LA FUENTE DE LOS ROSALES

BALADA

I

Lejos, bastante lejos
de lo poblado
y del monte en el sitio
más retirado,
entre rudas malezas
y peñascales
está la hermosa fuente
de los rosales.
¡Todo allí es paz, dulzura,
sosiego, calma!...
Allí puede espaciarse
tranquila el alma.
Sólo turba el reposo
de aquella fuente
el plácido murmullo
de la corriente;